

# SI OTORGAS PODER, PREPÁRATE PARA LA RESPONSABILIDAD

Carlos Molina Jiménez<sup>1\*</sup>

## Resumen

Aunque desatendido por las universidades, el ingrediente ético-moral es parte indispensable de la formación profesional. Tanto más en la actualidad, cuando el conocimiento tecno-científico ha devenido en el principal soporte del poder. Incorporar a la enseñanza en el gran desarrollo interdisciplinario experimentado en las últimas décadas por la Ética Aplicada podría ser la respuesta específica y oportuna para la resolución institucional de esta problemática.

**Palabras claves:** ética aplicada, conocimiento tecno-científico, formación profesional.

## Abstract

Although it is often disregarded at universities, the ethic-moral constituent is an indispensable portion of any professional development; and even more at current times, when techno-scientific knowledge has become power's most important underpinning. Incorporating the vast interdisciplinary advances that applied ethics have experienced during the last decades could constitute a specific and apt answer leading towards the institutional resolution of the issue.

**Key words:** Applied Ethics, Techno-scientific Knowledge, Professional Training.

Cuando se observa cualquier actividad cuyo ejercicio resulta duradero, recurrente, institucionalizado –máxime si se trata de una profesión universitaria o una disciplina científica-, lo primero que se percibe es que ella cuenta con un “patrimonio de saber” que le procura una aptitud cognoscitiva, así como un “repertorio de pericias” que le proporciona una habilitación técnica.

Si se está por elegir qué carrera estudiar, si se requiere ayuda profesional, si existe la pretensión de remediar un problema de salud, si se opta por emprender un negocio o se requiere asesoramiento para tomar una decisión importante, esos son los dos aspectos que saltan a la vista. Ambos apuntan a las competencias que se aspiran a adquirir o que se espera utilizar.

---

1 \* Profesor de filosofía política y ética. Escuela de Filosofía y Maestría Interuniversitaria en Bioética UNA-UCR.

Pero existe otro aspecto no menos importante, que permanece en un segundo plano y que sólo sale a la luz cuando existe una crisis, cuando ocurre algún desajuste. Éste consiste en que toda actividad institucionalizada es “siempre también” una práctica social en la que participan diversos actores, impulsados por motivos muy diferentes pero concurrentes. Una práctica social cuyo campo de acción se encuentra organizado e impregnado por “valores” que fijan un sentido y una finalidad a las acciones que allí se despliegan; regulado por normas tendientes a promover la observancia de esos valores, así como una buena convivencia y una eficiente cooperación entre quienes intervienen –pasajera o permanentemente- en dicha práctica.

Esta tercera faceta, menos llamativa pero no menos importante que las dos anteriores, constituye el marco ético-moral que toda actividad permanente va segregando a partir de las propias peripecias de su desenvolvimiento.

Ahora bien, para el óptimo desempeño de cualquiera de estas actividades, no sólo contribuye una buena preparación en los aspectos cognoscitivo y técnico, sino también en lo referente a ese marco valórico y regulativo. Porque en ningún caso, las actividades profesionales, artísticas, científicas, deportivas, empresariales, de cuidado de la salud, de preservación ambiental, entre otras, se realizan en abstracto, en condiciones autocontenidas de laboratorio. Todas ellas son a la vez prácticas sociales que involucran la coordinación de intereses, la resolución de conflictos, el reconocimiento de derechos, la apertura a la diversidad de perspectivas y de criterios, la asunción de responsabilidades, la toma de acuerdos, el combate de la desmotivación, la resistencia a los distractores y las tentaciones e incluso los actos de consagración y la entrega a la labor desempeñada. Todo lo cual sólo puede atenderse y encauzarse apropiadamente en la medida en que los encargados de esas actividades mantengan un firme compromiso con los valores y las normas que dan sentido y viabilidad social a su campo de acción. Sin embargo, ¿qué espacio se le otorga a este ingrediente ético-moral en la formación actual de los estudiantes universitarios que asumirán más adelante la conducción de tales actividades?

Aunque no en todas partes la situación es la misma, es frecuente encontrar casos en los que formal y expresamente no se está haciendo nada. Esto no quiere decir, por supuesto, que semejante dimensión esté del todo ausente. Cualquier proceso formativo tiene una arista ético-moral ineludible. Pero en muchas oportunidades este aspecto se maneja de manera puramente empírica, chapucera empírica.

Por un lado, se descansa en la moral casera de los estudiantes, suponiendo con bastante ligereza que ésta resultará en una base suficiente para que ellos afronten con solvencia los problemas morales que les deparará el ulterior ejercicio de sus funciones. Por otro, se abandona el asunto al ejemplo, los comentarios, las anécdotas, los consejos, las recomendaciones “incidentales” de los profesores. No hay así ningún plan que organice las acciones, ningún objetivo orientador, ningún criterio que permita juzgar sobre el valor y la pertinencia de lo aprendido.

¿Imaginen ustedes qué sucedería si el aprendizaje de la Estadística, de la Fisiología del Deporte o de la Historia Antigua se hiciera en los mismos términos? ¿Qué grado de estandarización de los conocimientos podría pretenderse? ¿Cuánta seguridad habría de que lo enseñado resulta oportuno, conveniente y suficiente? ¿Cómo podría saberse si lo que se está haciendo debe mantenerse o si en cambio, ha de rectificarse el rumbo?

No obstante, en numerosas ocasiones, quizá en la mayoría, así es como se atiende el aspecto valórico y regulativo de la formación profesional provista por la universidad. Empírica, tácitamente, sin rigor, sin visión de conjunto, sin propósitos definidos, sin retroalimentación.

Pero, al mismo tiempo, cuando un graduado se involucra en un fraude científico o incurre en un acto de corrupción, resulta que no nos sentimos aludidos. Se suele reaccionar con ofendida sorpresa, con casta indignación, de inmediato se descarga sobre él toda la responsabilidad. Se decreta que fue un acto aislado, revelador tan sólo de errores o de culpas individuales; nunca de alguna carencia o debilidad en la formación recibida. De esta manera, en lo que a nosotros respecta, en realidad no ha pasado nada; por tanto, no hay nada que cuestionar ni revisar.

Pese a tan complaciente auto-absolución, en muchos de estos casos podría verificarse fácilmente que los involucrados en tales acciones nunca recibieron en la universidad información sobre el fraude científico, sobre sus graves consecuencias en el desenvolvimiento de una disciplina, ni sobre sus trágicos efectos en las vidas de las personas que lo han cometido. Del mismo modo cabría constatar, sin mayores dificultades, que para cientos de estudiantes universitarios la corrupción no es más que una palabra de moda; que la universidad no los ha provisto de información y conocimientos que sustancien el término, mucho menos que les permita estar enterados sobre los laberínticos caminos que recorre este flagelo, ni sobre sus solapadas formas de penetración.

¿Cuántos de los que han caído en estas trampas las hubieran podido eludir si hubiesen estado mejor advertidos, si hubiesen tenido a su disposición más elementos de juicio, si hubiesen podido identificar desde los primeros indicios la magnitud de la falta que estaban a punto de cometer?

En la actualidad, ocuparse de la formación ético-moral de quienes van a tener a cargo actividades como el ejercicio profesional, la investigación científica, el cuidado de la salud, la producción artística, la conducción de empresas, la preservación ambiental cobra un relieve impresionante por tres razones básicas.

En primer lugar, porque ahora no puede presuponerse que dicha tarea ya haya sido realizada; y que el estudiante dispondrá, por tanto, de bases suficientes para formular, por sí mismo, respuestas apropiadas a los magños retos ético-morales implicados en su futura ocupación.

Desde hace algunas décadas las instancias tradicionalmente encargadas de transmitir normas y valores vienen debilitándose. La familia, la comunidad, la iglesia han perdido, de manera creciente, su gravitación en la vida de las nuevas generaciones. Miles de niños y jóvenes crecen prácticamente solos, asistidos por la televisión o la computadora, en barrios de gente temerosa e indiferente, poco comprometida con prácticas religiosas o espirituales que cultiven su veta moral.

Ante esta situación, un lote muy importante de esa tarea formativa parece estar transfiriéndose de modo ineluctable al aparato escolar, medio en el que numerosos niños y jóvenes de hoy tienen su contacto más prolongado e interactivo con adultos capaces de ofrecerles guía, consejo, supervisión y corrección.

La universidad no escapa a esta tendencia. También ésta tiene que hacerse cargo de suplir los posibles déficits en la formación ético-moral que puedan arrastrar a quienes llegan a sus aulas. Claro está que sólo lo puede hacer de acuerdo con sus particulares recursos curriculares y en conformidad con la etapa evolutiva en que se encuentran sus alumnos, así como con el particular nivel en que ella despliega sus acciones educativas. He aquí un desafío indeclinable, frente al cual no vale la pena preguntarse si se asume, sino cómo se asume, en qué medida y cuándo empezar.

En segundo lugar, la exigencia ético-moral que recae sobre las personas con formación universitaria se ha incrementado exponencialmente. Es así porque el conocimiento, en esta época de grandes transformaciones tecno-científicas, se ha convertido en la principal fuente de poder. Los agentes y portadores del conocimiento ya no son aquellas figuras renombradas pero un tanto marginales que, refundidas en los laboratorios y academias, se dedicaban a cuestiones muy importantes aunque inactuales. Hoy suelen ocupar posiciones centrales en los procesos por los que se concreta el ejercicio del poder. Se encuentran así en el ojo mismo de la tormenta. Alternan con políticos, con dirigentes corporativos y militares en las propias cabinas de mando donde se configura la realidad local o global. Mediante diagnósticos, estudios de factibilidad, propuestas de acción, recomendaciones técnicas, diseño de nuevos procedimientos y tecnologías, participan de modo determinante en la toma de decisiones que afectan la producción alimentaria, la distribución de bienes, la seguridad ciudadana, la salud colectiva, el curso del cambio climático, la formación de opinión pública, entre otras cosas. Todo ello con respaldo en el conocimiento que les ha sido transferido en las aulas universitarias.

¿Basta con la moral casera de los estudiantes y con el aprendizaje obtenido en el contacto espontáneo con sus profesores, para que nuestros graduados sean ética y moralmente competentes frente a los formidables desafíos que plantea hoy la administración y el uso del conocimiento? ¿Salen de nuestras aulas siendo capaces de ponderar la magnitud de las responsabilidades que les corresponderá asumir? ¿Están capacitados para percibir, más allá de la situación inmediata, la articulación de sus acciones en el decurso general de los acontecimientos?

Por último, es preciso señalar una sorprendente paradoja, un curioso contrasentido. Frente a tan urgentes necesidades insatisfechas se está produciendo un monumental desaprovechamiento de recursos teóricos. Sucede, en efecto, que durante las últimas décadas del siglo pasado y en lo que llevamos del presente, la Ética Aplicada ha conocido un desarrollo espectacular. La bioética, la ética de los negocios, la ética ambiental, la ética del deporte, la ética de la administración pública, la ética feminista, la ética de los animales, aún la mucho más veterana ética profesional son campos en los que se ha venido realizando un intenso trabajo, por lo general interdisciplinario. Tal esfuerzo ha dado origen, entre otras cosas, a numerosas publicaciones, algunas periódicas, que recogen los resultados obtenidos. Éstos se hallan así a nuestra disposición, fácilmente asequibles, ya sea en versión impresa o digital.

La Ética Aplicada se ocupa de situaciones específicas, de problemáticas acotadas y las trata con vistas a su resolución práctica. Proporciona fórmulas y prescripciones que procuran acoplar la exigencia moral y el procedimiento técnico. Podría decirse que ofrece el caudal de planteos y conocimientos que sabiamente administrados, creativamente asimilados, podrían servir para resolver el déficit de formación ético-moral que se ha venido comentando.

Entre la formación humanística general que la universidad ofrece a sus estudiantes y la formación profesional que constituye el grueso de su enseñanza podría intercalarse –con base en la Ética Aplicada– una formación intermedia, humanística y específica a la vez. Ésta colaboraría en el desempeño idóneo de la ocupación ejercida; en tanto ella constituye una práctica social que supone la realización de servicios y la interacción con seres sensibles, merecedores de respeto, de solicitud y de cuidado.

El problema está ahí; los elementos de la solución también. Solo falta la voluntad política, la definición de la forma de proceder y echarse a andar.